

HENRY DAVID THOREAU

Pensamiento salvaje

“A nuestras vidas les falta un trasfondo adecuado. Su contemplación debería ser tan impresionante como la de los objetos en el desierto, un eje partido o un montículo desmoronado contra un horizonte ilimitado”.

SELECCIÓN Y TRADUCCIÓN DE ANTONIO LASTRA

... and whatever I open Thoreau for (I needn't take space here for the good reasons) I open him oftener than I open Schiller.

Henry James
'Concord', *The American Scene* (1907)

La expresión “wild thinking” (pensamiento salvaje) se encuentra por primera vez en el *Journal* de Thoreau (16 de noviembre de 1850), de donde pasaría a las conferencias *Walking* (Caminar) y *The Wild* (lo salvaje), que Thoreau impartió desde 1851 hasta su muerte, en paralelo al estadio final de la redacción de *Walden* (publicado en 1854), donde no aparece la expresión, que, sin embargo, inspira

todo el capítulo ‘Leyes superiores’. *Walking* (que condensaría el texto de las dos conferencias) se publicó póstumamente en 1862. El “pensamiento salvaje”, que la “cultura”, a diferencia de la mitología, no puede contener, es desde luego tan conservador como la vida civilizada. En *A Natural History of Massachusetts*, un ensayo escrito en 1842 a instancias de Emerson, su educador, y que constituye todo un aprendizaje trascendentalista, Thoreau anotó: “De buena gana sería un residente en lo salvaje” (*a sojourner in the wilderness*); en el primer párrafo de *Walden*, Thoreau ofreció una de las claves de lectura de su obra al decir que ahora –después del experimento waldense y gracias a que había aprendido en los bosques lo que la vida tenía que enseñarle– volvía a ser “un residente en la vida civilizada” (*a sojourner in civilized life again*).

Que el pensamiento salvaje es una educación para volver a la vida civilizada (o, como a veces diría Thoreau, que la “sabiduría india” sea el principio de la filosofía) es la pauta que ha orientado la siguiente selección de citas, que provienen de los ensayos breves y de los grandes libros de Thoreau sobre la naturaleza. Sigo los tres volúmenes de la edición de referencia: *The Writings of Henry David Thoreau* (E. Hall Witherell, Editor in Chief, Princeton UP, Princeton y Oxford): *The Maine Woods* (2004), *Cape Cod* (2004) y *Excursions* (2007), todos ellos editados por J. J. Moldenhauer. La primera fecha se corresponde con su redacción; la segunda con su publicación.

■ Cuando detecto la belleza en cualquiera de los recovecos de la naturaleza percibo, por el espíritu sereno y reservado que requiere para su contemplación, la inexpresable intimidad de una vida silenciosa y sin ambición. [...] Al caminar por los bosques me doy cuenta de que un sabio proveedor ha estado allí antes que yo; mi experiencia más delicada está tipificada en ellos. Me sorprenden las gratas compañías y unanimidades de la naturaleza, como cuando el musgo de los árboles adopta la forma de las hojas.

A Natural History of Massachusetts
(*Historia natural de Massachusetts*, 1842)

ANTONIO LASTRA

■ En medio de los pinares, a la luz parpadeante y entrecortada que recorre su espesura, nos preguntamos si las ciudades habrán oído contar su historia. Nos parece que ningún viajero los haya explorado y, a pesar de las maravillas que la ciencia revela cada día en todas partes, ¿quién no querría oír sus anales? Nuestras humildes ciudades de la llanura son su contribución. Tomamos prestado del bosque las tablas que nos cobijan y la leña que nos calienta. Qué importante es que siempre esté verde para el invierno esa parte del verano que no desaparece, el año permanente, la hierba que no se agosta.

A Winter Walk (Caminata de invierno, 1843)

■ A nuestras vidas les falta un trasfondo adecuado. Al menos, como la vida de los anacoretas, su contemplación debería ser tan impresionante como la de los objetos en el desierto, un eje partido o un montículo desmoronado contra un horizonte ilimitado.

*A Week on the Concord and Merrimack Rivers
(Una semana por los ríos Concord y Merrimack, 1845, 1849)*

■ En la literatura solo nos atrae lo salvaje. Torpeza no es más que otro nombre para mansedumbre. Es el pensamiento salvaje, libre, sin civilizar en Hamlet y la *Ilíada*, en todas las Escrituras y Mitologías, no aprendido en la escuela, lo que nos deleita. Igual que el pato salvaje es más ágil y hermoso que el de corral, lo es el pensamiento salvaje –el pato real–, que se abre camino sobre los pantanos con las alas cubiertas de rocío. [...] ¿Dónde está la literatura que dé expresión a la naturaleza? [...] No conozco poesía alguna que citar que exprese adecuadamente ese anhelo de lo Salvaje. Con esta perspectiva, la mejor poesía es mansa. No sé dónde encontrar en ninguna literatura, antigua o moderna, un relato que me satisfaga de la naturaleza con la que estoy familiarizado. Os daréis cuenta de que pido algo que ni la época augusta ni la isabelina, que ninguna cultura, puede dar. La mitología se acerca a ello más que ninguna otra cosa.

Walking (Caminar, 1851, 1862)

HENRY DAVID THOREAU

■ [Las hojas de los árboles] nos enseñan a morir. Me pregunto si alguna vez los hombres, con su proclamada fe en la inmortalidad, yacerán con tanta gracia y madurez, dejando que la sabiduría india cubra sus cuerpos como hacen con su pelo y uñas.

Autumnal Tints
(*Tintes otoñales*, 1859-1862)

■ Creo que cada ciudad habría de tener un parque, o más bien un bosque primitivo, de quinientos o mil acres, juntos o dispersos, donde nunca se cogiera una rama para quemar, ni para la armada, ni para hacer vagones, sino que se mantuviera con propósitos más elevados, una propiedad común para siempre, para instrucción y recreo.

Todo el bosque de Walden podría haberse preservado, con Walden en medio. [...] La naturaleza se esfuerza continuamente por nuestro bienestar. No tiene otro propósito. No os resistáis a ella. Con la menor inclinación a estar bien no enfermaríamos. Los hombres han descubierto, o creen que han descubierto, lo saludables que son solo algunas cosas salvajes y no toda la naturaleza. Naturaleza es otro nombre para salud.

Huckleberries
(*Arándanos salvajes*, 1860, 1970)

■ Tal vez me diera cuenta de que esta era la primigenia, no domada e indomeñable Naturaleza, o como quiera que la llamen los hombres, al llegar a esta parte de la montaña. Pasábamos por las “Tierras quemadas”, quemadas tal vez por el relámpago, aunque no mostraban señales recientes de fuego, apenas algún tocón carbonizado, sino que parecían un pasto natural para el alce y el ciervo, extraordinariamente salvaje y desolado, jalonado con haces de leña y jóvenes álamos y matas de arándano aquí y allá. Me vi a mí mismo atravesándolas con familiaridad, como si fueran tierras baldías o reclamadas parcialmente por el hombre, pero cuando reflexioné en lo que el hombre, hermano, hermana o pariente de nuestra raza, ha

ANTONIO LASTRA

hecho y exigido, deseé que el propietario apareciera y disputara mi derecho de paso. Es difícil imaginar una región en la que el hombre no habite. Solemos asumir su presencia e influencia en todas partes. Sin embargo, no hemos visto la Naturaleza pura, salvo que la hayamos visto vasta y triste e inhumana, incluso en medio de las ciudades. La Naturaleza era aquí algo salvaje y terrible, aunque hermoso. Miraba con espanto el terreno que pisaba para ver lo que los Poderes habían hecho allí, la forma, el aspecto y el material de su obra. Esta era la Tierra de la que habíamos oído hablar, hecha del Caos y de la Vieja Noche. Ese no era el jardín del hombre, sino el globo que se nos ha ido de las manos. No era el predio, ni el pasto, ni el prado, ni el bosque, ni el campo, ni la tierra arable o baldía. Era la superficie reciente y natural del planeta Tierra, como había sido hecha para siempre, para ser la morada del hombre, como suele decirse; así la hizo la Naturaleza y el hombre la usa si puede. El hombre no se asociaría a ella. Era la Materia, vasta, terrorífica, no su Madre Tierra, de la que hemos oído hablar, ni su lugar de paso o donde ser enterrado; no, empezaba a ser demasiado familiar para que sus huesos yacieran allí, en el hogar de la Necesidad y el Hado. Se advertía allí la presencia de una fuerza que no estaba vinculada ni era afín al hombre. Era un lugar para el paganismo y los ritos supersticiosos, para ser habitada por hombres más parecidos a las rocas y a los animales salvajes que nosotros. Caminábamos con espanto, deteniéndonos de vez en cuando para recoger los arándanos que crecían allí y que tenían un sabor vivo y picante. Tal vez donde crecen nuestros pinos salvajes y sus hojas caen en el suelo de su bosque, en Concord, hubiera una vez recolectores y los campesinos plantaran el cereal, pero aquí ni siquiera la superficie ha sido rasgada por el hombre, salvo que fuera un espécimen de lo que Dios consideraba adecuado a este mundo. ¡Qué habrá que admirar en un museo, ver un millar de cosas particulares, en comparación con que se nos muestre la superficie de una estrella, una dura materia en su elemento! Me espantó mi cuerpo, esa materia a la que estoy ligado se había vuelto extraña para mí. No temía a espíritus, fantasmas, de

los que soy uno más –si mi cuerpo pudiera–, sino que temía a los cuerpos, temblaba por encontrarme con ellos. ¿Qué es ese Titán que se ha apoderado de mí? ¡Habláis de misterios! ¡Pensad en nuestra vida en la naturaleza, diariamente expuestos a la materia, a entrar en contacto con ella, rocas, árboles, el viento en las mejillas! ¡La sólida tierra! ¡El mundo real! ¡El sentido común! ¡Contacto! ¡Contacto! ¡Contacto! ¿Quiénes somos? ¿Dónde estamos?

‘Ktaadn’, *The Maine Woods*
(‘Ktaadn’, *Los bosques de Maine*, 1848, 1864)

■ Estábamos en un denso y húmedo bosque de hayas y abetos, completamente a oscuras salvo por nuestra fogata, y al despertarme en mitad de la noche, oí a un búho en lo profundo de la espesura detrás de nosotros o a un somormujo a distancia sobre el lago. Al levantarme pasada la medianoche para reunir las brasas, mientras mis compañeros dormían profundamente, observé, en parte en la fogata, que había dejado de arder, un anillo de luz elíptico perfectamente regular. [...] Al día siguiente, el indio me dijo el nombre que le daban a esa luz –*Artosooqu*– y, al preguntarle la razón y por fenómenos parecidos, dijo que su “gente” a veces veía pasar fuegos a diversas alturas, que alcanzaban incluso a los árboles, y hacían ruido. Estaba preparado para oír los fenómenos más sorprendentes e inimaginables presenciados por “su gente”, expuesta a todas horas y en todas las estaciones a escenas tan poco frecuentes para los hombres blancos. La Naturaleza ha de haberles revelado miles de cosas que aún son secretas para nosotros.

No lamenté no haberlo visto antes, pues ahora lo veía en circunstancias muy favorables. Estaba preparado para ver algo maravilloso y ese era un fenómeno adecuado a mis circunstancias y expectación, y me alertó para ver más cosas como esa. Exultaba como “un pagano amamantado en un credo” que no se hubiera gastado, sino que fuera alimento nuevo y adecuado para la ocasión. Dejé la ciencia a un lado y me regocijé en aquella luz como si fuera una criatura.

ANTONIO LASTRA

Comprobé que era excelente y estaba muy contento de saber que era tan barata. Una explicación científica, como suele decirse, habría estado por completo fuera de lugar. Vale para una pálida luz del día. Con sus retortas, la ciencia me habría dormido; era la oportunidad de ser ignorante lo que yo aprovechaba. Me sugería que había algo que ver si se tenían ojos. Me hizo más creyente que nunca. Creí que los bosques no carecían de dueño, sino que estaban llenos de espíritus honrados tan buenos como yo en un día cualquiera, que no eran una habitación vacía, en la que la química laborara a solas en una casa deshabitada, y por un rato sentí su camaradería. Vuestro supuesto sabio trata de persuadirse de que no hay otra entidad allí que él y sus tretas, pero es mucho más fácil creer la verdad. Sugería también que la misma experiencia da siempre a luz la misma clase de creencia o religión. Al indio se le ha revelado una cosa, al hombre blanco otra. Tengo mucho que aprender del indio, nada del misionero. Estoy seguro de que lo único que me tentaría a enseñarle al indio mi religión es su promesa de enseñarme él la suya. Hace mucho tiempo que oigo hablar de cosas irrelevantes; ahora, por fin, me alegraba conocer la luz que mora en la madera podrida. ¿Dónde ha ido a parar vuestro conocimiento? Se evapora del todo, pues no tiene profundidad.

Guardé aquellas astillas y las humedecí la noche siguiente, pero no emitieron ninguna luz.

‘The Allegash and East Branch’, *The Maine Woods*
(‘Los Allegash y la costa este’, *Los bosques de Maine*, 1848, 1864)

■ La orilla del mar es una especie de terreno neutral, un punto ventajoso desde el que contemplar este mundo. Es incluso un lugar trivial. Las olas siempre rompiendo en la tierra han viajado demasiado y son demasiado indomeñables para resultar familiares. Al deslizarnos por la playa interminable, golpeada por el sol y la espuma, nos parece que también nosotros seamos producto del limo marino.

HENRY DAVID THOREAU

Es un lugar salvaje, digno, y no hay adulación en ello. Lleno de cangrejos, herraduras y navajas y todo lo que el mar arroja, una vasta morgue, donde perros famélicos se agrupan en jaurías y los cuervos acuden a devorar la pitanza que la marea deposita para ellos. Cadáveres de hombres y bestias asoman en los salientes, pudriéndose y blanqueándose al sol y entre las olas, y la marea los deposita en el lecho y los cubre de arena fresca. Es la Naturaleza desnuda, inhumanamente sincera, que no malgasta su pensamiento con el hombre y acaricia la orilla escarpada donde las gaviotas chillan entre el oleaje. [...] Llegará un día en que esta costa sea un lugar de recreo para los habitantes de Nueva Inglaterra que realmente quieran visitar la costa. Ahora es por completo desconocida para el mundo moderno y probablemente no le sea nunca agradable. Si solo es una petanca, un tren circular o un océano de julepe de menta lo que el visitante busca –si piensa más en el vino que en el mar, como sospecho de algunos en Newport–, creo que durante mucho tiempo se sentirá decepcionado. Pero esta orilla nunca será más atractiva de lo que es ahora. Las playas de moda se hacen y deshacen aquí en un día, casi podría afirmar, al arrastrar el mar sus arenas. [...] ¿Qué son los manantiales y las cascadas? Aquí están el manantial de los manantiales y la cascada de las cascadas. La época de visitarla es durante una tormenta en otoño o invierno; un faro o la cabaña de un pescador el auténtico hotel. Un hombre puede apostarse allí y poner toda América a sus espaldas.

Cape Cod (Cabo Cod, 1865)



ANTONIO LASTRA ES INVESTIGADOR EXTERNO DEL INSTITUTO FRANKLIN DE INVESTIGACIÓN EN ESTUDIOS NORTEAMERICANOS DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ. HA EDITADO LOS *ESCRITOS SOBRE LA VIDA CIVILIZADA* DE HENRY DAVID THOREAU.